

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIII

Febrero de 1946

Núm. 248

Puntos de vista

<https://doi.org/10.29393/At248-28LCRA10028>

Libros chilenos en Colombia

DURANTE el próximo mes de marzo se realizará en Bogotá una exposición de libros chilenos que serán llevados a esa capital americana por el señor Héctor Fuenzalida, funcionario de la Universidad de Chile.

Debemos suponer que los libros que se enviarán a Colombia, habrán sido seleccionados con un criterio amplio y minucioso, para que de este modo nuestra literatura esté representada en todos sus géneros y refleje en calidad estética y en significación humana lo más valioso del espíritu de Chile, en su realización artística.

Acaso nunca como ahora haya sido tan necesario este intercambio cultural entre los países de nuestra América que anhelan conocerse, para crear por el camino de la cultura, vínculos efectivos de aprecio, de simpatía y de amistad que solidifiquen la hermandad de raza y de idioma, además de la vinculación autóctona de ser hijos de la tierra americana.

Porque la verdad es que hasta hoy sólo hemos vivido mirando a Europa. Aprendiendo lo que nos enseñó su cultura y su tradición histórica. Pero ahora que la civilización europea ha hecho crisis y que aun no se disipan las sombras del más horrendo de los cataclismos que ha presenciado la humanidad, es tiempo que América busque en su mentalidad y en su energía creadora, los derroteros de su propio destino. Y esto se conseguirá creando una

fuerza solidaria brotada del espíritu de esta raza española nacida en las tierras de Colón.

Poséidos por el miraje de Europa, aun no nos conocemos. El arte autóctono de América sigue siendo como un quieto remanso de luz, cuya irradiación no alcanza a trasponer las fronteras políticas de cada una de las naciones americanas. Seguimos obsesionados con la cultura de Europa y esclavizados al pensamiento y a la mentalidad europea, que en su última crisis ha mostrado sus grietas más hondas.

Es necesario que veamos lo que pasa a nuestro alrededor. que sepamos a ciencia cierta lo que piensa el americano. Que unamos nuestras aspiraciones bajo la égida de comunes anhelos de armonía. No es la relación comercial lo que nos hace falta únicamente. Es el vínculo espiritual el que urge robustecer y ensanchar. Que no sólo se organicen exposiciones de libros; sino que de pintura y de artes plásticas, o de embajadas que muestren los diversos matices estéticos de cada uno de los pueblos que habitan el continente americano. Y entonces sí que tendremos una amistad sin recelos, sin suspicacias, sin prepotencias absurdas, ahora que se ve con claridad de amanecer que la beligerancia no llevará al mundo a otro destino que al fracaso y la ruina.

Nunca hemos sentido más cerca a Colombia que en las páginas de Isaacs, Rivera, Carrasquilla y tantos otros escritores colombianos que hemos podido leer, a excepción de los dos primeros, sólo por circunstancias especiales. Es necesario que de hoy en adelante el pensamiento del artista americano circule por todos los rincones de nuestro continente y sea apreciado, discutido y conocido. Esto último, principalmente, es lo fundamental. Que nos conozcamos.

Sólo así tomará parte en estas relaciones la amistad, que es el único y verdadero sentimiento que crea vínculos de amor y simpatía. Y el artista, en este propósito, tiene una misión decisiva que realizar.

JANUARIO ESPINOZA

Januario Espinoza, fallecido en la mañana del jueves 7 de febrero, era uno de esos chilenos esforzados, uno de esos chilenos sufridos, tenaces y optimistas para esperar hasta el último instante que la vida les concediera sus mejores dones. Hombre de gran sensibilidad artística, de efectivo talento literario, cae rendido en la lucha, después de haber dedicado con fe y energía todo su entusiasmo a las nobles tareas del arte.

Januario Espinoza era un hombre dotado de una infinita bondad. Había en él algo de esos maravillosos espinos de nuestra tierra. Un poco desgarrado, con cierta hurañez en el semblante, tenía, como el espino, una dulzura que se hacía perfume en su corazón de escritor. Había recorrido la tierra chilena de un extremo al otro y la amaba con esa ciega exaltación de los creyentes que no aceptan otros principios que rijan su vida sino aquellos en que fueron criados.

Siendo muy joven ingresó a los Servicios de Telégrafos y allí, en ese trabajo duro y agobiador, tuvo, sin embargo, tiempo para escribir, para contarle a los chilenos que miran con desdén e indiferencia al escritor, lo que es la gente de esta tierra, lo que es el alma nativa desde un extremo a otro de la República. En compañía de guarda-hilos y otros funcionarios modestos del Telégrafo recorrió en muchas ocasiones la red de alambres por donde pasa a cada instante el mensaje de alegría, de tristeza o de esperanza de miles de personas. Januario Espinoza vivió muchas veces preocupado, como un guardián vigilante, de que esos mensajes no tuvieran tropiezos y llegaran rápidamente a su destino.

Y mientras trabajaban, Januario y sus compañeros, ya fuera al rayo del sol o envueltos por las sombras de la noche, dentro de su corazón de artista iba germinando la idea luminosa de la creación literaria. Un día en el fondo de una quebrada, al otro, en la cima de un escarpado cerro. Allí estaba Januario trabajando con

sus hombres, hasta que llegaron los días en que su esfuerzo le dió derecho a una situación más descansada. De esas conversaciones fueron naciendo la mayor parte de sus novelas «Cecilia», dulce idilio aldeano. «La vida humilde», «Las inquietudes de Ana María», nos dicen a las claras que son recuerdos de su vida trashumante a través de campos y aldeas. Luego escribió «La señorita Cortés Monroy», en que nos cuenta sus experiencias y observaciones de la vida de los empleados de Correos y Telégrafos. «Un viaje con el diablo» y «La ciudad encantada», muestran otro aspecto muy importante de su vida de escritor. Pero la mejor de sus obras es sin duda «Pillán», en donde describe el encarnizamiento de la gente campesina en contra de una joven muchacha de extraordinaria belleza, hija de una bruja de los campos que se extienden a los alrededores de Linares. Además Januario Espinoza escribió algunas biografías de personajes chilenos, a los cuales dió gran relieve dentro del ambiente en que vivieron.

Januario Espinoza era todo bondad. Tenía un raro talento para improvisar en verso. En las fiestas y reuniones sabía dar la nota festiva, amable, graciosa, salpicada de gracia chilena. Fué un escritor que deja a su patria páginas que permanecerán mientras haya en esta tierra una conciencia y un amor verdadero por las inquietudes del espíritu.

«Atenea» rinde su homenaje de aprecio a este colaborador ilustre que, desgraciadamente, al comenzar el año ha seguido las huellas de Melfi y de Donoso, después de una vida generosamente consagrada a enaltecer el espíritu de Chile.